

la crítica de las ideologías. Al leer este libro de Revel es fácil, y necesario, recordar *El opio de los intelectuales*, de Raymond Aron, que se ganó en su tiempo un buen lugar en el *index* de los comunistas y de la «izquierda» más intolerante. Entre los autores de nuestra lengua hay que recordar a Octavio Paz con *Corriente Alterna*, *El ogro filantrópico* y, más recientemente, *Tiempo nublado*, obra esta última que le ha valido anatemas y marbetes por parte de la izquierda, más propios de una iglesia que defiende la inmunidad de sus dogmas que de intelectuales libres. No otra cosa le sucedió a Aron y, desde hace ya algunos años, a Revel, al que los más oficialistas del marxismo despachan con el epíteto de nueva derecha. Este término sirve para clasificar a alguien, pero no para discutirlo ni entenderlo.

El libro de Revel dismantela, con una documentación sobre todo periodística, sin olvidar la televisión y los libros más puntuales, lo que él no duda en llamar la gran mentira de los intelectuales de nuestro siglo: el ocultamiento de los hechos, el olvido de unos acontecimientos por otros, y más exactamente, la manipulación de los hechos y las ideas para supeditarlos a una concepción previa. Revel acusa a la ideología de esta triple dispensa: «dispensa intelectual, dispensa práctica y dispensa moral». Al eximir «a la vez de la verdad, de la honradez y de la eficacia» se comprende que haya gozado «del favor de los hombres desde el origen de los tiempos». Al aplicar leyes generales, la ideología se niega a ver los sucesos como particularidades. No viene de los hechos sino que se impone, tergiversándolos. El libro de Revel es pródigo en ejemplos. Citaré dos: el caso de la defensa a ultranza por parte de la izquierda radical de la colectivización de la agricultura, como son los casos de la URSS, China, Vietnam y Cuba (añado por mi cuenta el caso de México en tiempos de Cárdenas, que fue un verdadero desastre); sin embargo donde ha funcionado de verdad la agricultura, con amplios excedentes, ha sido, en el último tercio del siglo XX, en América del Norte, Europa Occidental, Australia, Nueva Zelanda y Argentina, lugares obviamente capitalistas. El otro ejemplo es el de la nacionalización de la banca que forma parte de la inercia del socialismo. Sin embargo, los casos de Alan García en Perú, López Portillo en México y Mitterrand en Francia han demostrado, a pesar de ellos mismos, que la nacionalización lleva a la bancarrota al país, y que una situación de crisis tiene otras opciones que el control absoluto, estatal, del dinero. Pero antes de referirnos a algunos de los puntos de este deslumbrador libro, quiero volver sobre el concepto central que vertebra la obra de Revel: la ideología.

Entre nosotros, el concepto de ideología ha sido utilizado por la izquierda, sobre todo, para definir un pensamiento político que partiendo de la realidad trata de transformarla en parte o en todo. Frente a este proyecto de definición que forma parte del ficcionario político más que del diccionario, los más ortodoxos señalaban el enemigo de la ideología: los partidarios de la despolitización, «representantes de grupos en el poder que temen que de las ideologías puedan salir las oposiciones»<sup>2</sup>. De manera contradictoria, la ideología opera de forma opuesta a como nos lo mostraba el marxismo: gracias a su pasión por la abstracción se convierte «en un sistema explicativo global» (Revel), basado en la observación de hechos parciales seleccionados por la lógica que alimenta el *sistema*. Porque a pesar de su debilidad por la abstracción, la ideología tiene una dimensión activa: se propone como una transformación de lo social e incluso, si es necesario, como una destrucción y remodelación del mundo con el fin de que todo coincida con el equilibrio de su abstracción. Como es una explicación global, no puede soportar que se le quede algo fuera: o lo absorbe o decreta su inexistencia; lo que no puede ser es *otra cosa*. ¿No es significativo que las grandes dictaduras de este siglo, las de corte comunista, hayan cerrado sus fronteras como si se tratara de grandes feudos? Además: han logrado que el fantasma de esos feudos recorra el mundo con el deseo bien explícito de convertir el orbe en una aldea feudal. No olvido a las otras dictaduras; las fascistas, y sus crímenes, pero esta manera de acuartelamiento no forma parte determinante de sus señas de identidad: todos hemos podido ver por televisión, desde el año 73, la represión de Pinochet sobre el pueblo chileno, con no poco riesgo, es cierto, de los periodistas, y lo mismo ocurrió en el exterior respecto al franquismo. Esto no hace elogiables a estas dictaduras, las hace simplemente distintas, pero esta distinción es significativa. Revel habla de «fidelidad abstracta a la ortodoxia, incluso si la "praxis" debe sacrificarse a ella», y con ello introduce un elemento de observación importante: no todo el que actúa de una manera ideológica podría dar razón de su ideología. Como escribía Paz hace tiempo, se jura sobre *La Biblia* o sobre *El Capital*, pero pocos leen esas obras. La fidelidad es abstracta, es heredera de la religión. Y gracias a ello se produce lo que Aron llamó «sustitución de los hechos por los dog-

<sup>2</sup> Eduardo Haro Tecglen: Diccionario político, Planeta, 1974; ver voz *Ideología*, y, como ampliación, las voces *Intervención*, *Imperialismo*, etc.

mas». De aquí que, como nos muestra Revel, se hayan aplicado los términos Revolución y Capitalismo no como correspondientes a unos contenidos históricos reales sino a grades abstracciones comulgadoras o anatemáticas.

Todos estamos expuestos (unos más que otros) a esta debilidad intelectual, práctica y moral. Revel, con un valor poco habitual, levanta de la memoria de nuestro siglo muchas de las posturas y opiniones de intelectuales destacados, científicos, artistas, etcétera. Mencionaré algunos bien conocidos: los juicios pacifistas de Russell ante la posible invasión de Inglaterra por Hitler, las opiniones políticas de Einstein y, las más cercanas, de Sartre. No todos los casos fueron iguales: Sartre dio muestras de una inteligencia política mayor y fue capaz de reconocer sus errores; pero el juicio de Revel es duro: los intelectuales del siglo XX han sido los grandes escamoteadores de los hechos. Sí y no: han sido también sus reveladores, y contamos a él entre ellos. Sin embargo, es difícil no asentir con pesimismo ante este párrafo: «La *libido sciendi* no es, contrariamente a lo que dice Pascal, el principio motor de la inteligencia humana. No es más que una inspiradora accesoria, y en un número muy reducido de nosotros. El hombre normal no busca la verdad más que después de haber agotado las demás posibilidades». De haber agotado el reino de la mentira, que nada tiene que ver con la fascinación de la mentira de Arnoldo Liberman que opera en el campo de las compensaciones de la sensibilidad frente a las limitaciones innúmeras de la muerte<sup>3</sup>.

El conocimiento inútil se extiende sobre otros temas, o mejor, sobre los procedimientos que adopta la resistencia a la información y la entrega a la opinión ideológica; sobre la mentira de que sea la izquierda la moralmente más limpia de la historia de los últimos dos siglos; sobre la influencia de la ideología en la visión de la historia y de la formación escolar; sobre el capitalismo como tabú de la izquierda, sobre el racismo, etcétera. Es una pena que sobre algunos de estos temas se limite, con un estilo provocador y no suficientemente reflexivo, a enunciarlos, y es una pena que no vea en los movimientos socialistas y anarquistas surgidos en el siglo XIX el comienzo de muchas de las libertades y justicias que disfrutamos hoy: no trabajamos en la actualidad siete u ocho horas al día gracias a la inercia egoísta del capitalismo sino por una lenta reivindicación nacida desde la izquierda, y Marx no ha sido

ajeno a esta demanda de justicia. El tono excesivamente provocador y periodístico con el que discute a Marx no beneficia a su obra, y tampoco arroja luz sobre las transformaciones de la conciencia obrera desde mediados del siglo pasado. Es cierto que lo que llamamos capitalismo (Europa democrática, USA, Canadá, Japón, etcétera) no es el ogro, y que es precisamente en estos países donde se disfruta de más libertad y bienestar, pero tampoco es menos cierto, y esto Revel no lo dice, que el capitalismo ha integrado muchas de las ideas (laborales, sindicales) propias del pensamiento de izquierda, aunque sin convertirlas en ideología: una abstracción englobadora de la realidad.

La diferencia entre opinión e información (diferencia que debería estar clara en los medios de comunicación) es analizada por Revel con brillantez de datos. Revel define a un periodismo militante como aquel en el que la opinión «precede y orienta la información, practica su elección y regula la iluminación». Léase cualquier periódico español y se verá cómo asistimos a informarnos de la opinión de Fulanito de Tal, conocido u oscuro periodista que opina sobre acontecimientos enunciados, que son los que en verdad nos interesan. Revel, que fue jefe de las páginas literarias de *France-Observateur* y editorialista político y literario de *L'Express* del que más tarde fue director, conoce bien el terreno que pisa, y con un estilo suelto y valiente no duda en escribir que «El mundo actual se divide en países donde el gobierno quiere sustituir a la prensa y países donde la prensa quiere sustituir al gobierno»; a lo que añade esta otra observación más definitiva: «La democracia no puede vivir sin la verdad, el totalitarismo no puede vivir sin la mentira». La democracia se afirma y se consolida con una revelación de los hechos y el totalitarismo potencia su feudo con la oscuridad de la verdad y la cristalización de la idea sobre la que se edifica. Un poco de transparencia y las fronteras comienzan a derrumbarse. ¿No es esto acaso lo que está ocurriendo en Rusia? ¿No está cambiado el totalitarismo soviético a través del vehículo de la información? Durante decenios, la Unión Soviética ha mantenido con ideas e informaciones no cotejadas las opiniones de muchos intelectuales europeos y latinoamericanos: cuanto menos se sabía de los hechos, más fuertes sus opiniones, tanto que —como cita Revel— en uno de los viajes de Sartre a Rusia, manifestó que en ese país había absoluta libertad de prensa. El existencialista, como ya han criticado otros, sufrió uno de sus ataques idealistas, sintió una cierta fidelidad por la abstracción. La crítica que hace Revel a la prensa es que ceda a informar desde una ideología

<sup>3</sup> Arnoldo Liberman, *La fascinación de la mentira*, Altea, Madrid 1986.

y no desde los hechos y, además de alimentar la división maniqueísta del mundo. Revel no ignora que la palabra izquierda «designaba a los defensores de la libertad, del derecho, de la felicidad y de la paz». Pero «hoy es ostentada por la mayoría de los regímenes despóticos, represivos e imperialistas, en los cuales todos los que no pertenecen a la clase dirigente viven en la pobreza e incluso en la miseria». La idea de izquierda está, desde hace años, en crisis, con lo cual algunos creen que por ello el mundo va a estallar. Pero no es así, son aquellos que no pueden vivir sin una idea salvadora y explicativamente global quienes sienten desvanecerse la tierra bajo sus pies. La crisis de la izquierda conlleva, además, la crisis de la derecha. En nuestro país todos los días vemos a partidos de «derecha» defendiendo tesis socialistas, y a partidos de «izquierda» con actitudes morales y autoritarias propias de la derecha. Todo esto está relacionado con la acusada sordera de los ideólogos ante el lenguaje de los hechos: no pueden soportar que la realidad los refute. Por ello, la crítica más demoleadora que se puede hacer a la izquierda radical es dejarla sin el marbete de *izquierda*, porque en él están cifradas la justicia, la bondad, *e tutti quanti* en el camino único de salvación histórica. Pero Revel pondría, quizá con más razón, ante la izquierda, los datos: toleran las opiniones —es su terreno—, no los hechos, que han sido los grandes ninguneados de la historia del siglo XX: «La izquierda —nos recuerda Revel— durante mucho tiempo ha negado pura y simplemente la existencia de los campos de concentración soviéticos, de los campos de reeducación vietnamitas, de la tortura en Cuba, del hambre en China».

Mientras no se haga a fondo la crítica de las ideologías, la crítica del maniqueísmo (y no ignoro que las causas van más allá de lo estrictamente político) seguiremos viendo a la historia como el terreno de los absolutos perdidos en la religión. Tal vez esto no sea lo peor, sino que ante la imposibilidad de la consecución de los absolutos, nos creamos que tal cosa está sucediendo porque lo hemos ideado, aunque una sola brizna de los hechos pueda hacer estallar todas nuestras concepciones. Revel, a lo largo de su libro, nos va dando ejemplos de estas actitudes. Una vez más es heredero de Aron, quien ya escribió en la obra citada lo siguiente: «La creencia de pertenecer al pequeño número de los elegidos, la seguridad que da un sistema cerrado donde la historia entera, al mismo tiempo que nuestra persona, halla lugar y sentido, el orgullo de reunir el pasado con el porvenir en la acción presente, anima y sostiene al ver-

dadero creyente, a quien no repugna la escolástica, a quien no decepcionan los desvíos de la línea, que conserva, a despecho del maquiavelismo cotidiano, su pureza de corazón, que vive enteramente para la causa y no reconoce ya la humanidad de sus semejantes, fuera del partido». Son estos absolutos los que permiten, y han permitido obviamente, de Neruda a Claudel, de Celine a Pound, resignarse ante lo injustificable.

El libro de Revel es de una gran riqueza y ayuda a aclarar y a desmitificar. Otros escribirán sobre su visión de la política internacional o sobre otra cuestiones. Yo he querido reflejar la idea que me parece más preocupante. Naturalmente, el libro de Revel ya ha sido leído con las anteojeras de quien no pudiendo pensar otra cosa de alguien que critique a la izquierda, le califica de hombre de derecha. Quienes así piensan están muy equivocados: no pertenece a la izquierda ni a la derecha (ahí les duele a unos y a otros); es un liberal, un defensor de los Derechos del Hombre, de la democracia como espacio vacío donde se hace posible la pluralidad de las voces. Respecto a la célebre declaración, escribe: «Los derechos del hombre son universales o no lo son», frase que me parece tan incitante como la de Breton referida al campo de la estética en su más amplio sentido: «La belleza será *convulsiva* o no será». En esta dirección Fernando Savater ha escrito en su valioso libro *Ética como amor propio*: «A lo que apuntan los derechos humanos, a través de su enumeración circunstanciada e históricamente circunstancial, previamente desde luego a incorporarse a los principios de ninguna constitución estatal, es al universal derecho humano a ser sujeto de derecho». Y más adelante: «Conceder a otro y por lo tanto a uno mismo la condición humana, es admitir lo lícito de la reclamación de sus derechos». Y en otra página del mismo libro, redondeando este pensamiento: «La condición humana no es un hecho sino un derecho, porque implica una demanda a los semejantes y la aceptación de un compromiso esencial con ellos».

Que nadie busque en este libro un posible sentido de la historia, una explicación totalizadora, una idea de salvación: no lo va encontrar. Revel es un escéptico, un politólogo sin religión ni partido, una verdadera pesadilla de datos para los opinólogos de la salvación.

**Juan Malpartida**